

## EL TEATRO: UN ESPEJO

Si todo lo oculto puede reinar a sus anchas en el escenario. Si aquello que debe ser negado, relegado al campo de la fantasía, puede, en un movimiento, liberarse y proyectarse para ser visto, escuchado.

Si Brecht, en su intento de desocultar las relaciones sociales que estructuran un mundo de explotados y explotadores.

Si Artaud, con su aventura personal, proponía liberar lo reprimido, lo incontrolado, lo más profundo del conocimiento.

Si Stanislavski buscaba reflejar la vida misma, con sus más insignificantes signos comunicantes.

Si Shakespeare, ese gran Padre del Teatro, se planteaba en su discurso los interrogantes más profundos y eternos del hombre,

entonces, ¿qué es? ¿por qué el Teatro?

¿Por qué ese lugar donde el hombre es sublimado, transformado en el Otro?

¿Por qué ese lugar donde el hombre puede verse más allá, más acá de lo que es?

Una hipótesis: los hombres pueden alejarse de lo cotidiano, de ellos mismos, dejar por un instante de sentirse perdederos, pequeños, impotentes ante los interrogantes que despierta la oscuridad del vivir, el vacío difícil de ocupar con una respuesta, ese "ser o no ser" esencial.

Ante el horror de la Nada, se levantan y se proyectan en el reino de lo imaginario.

Entonces ese ser esencialmente castrado, insatisfecho, desnudo ante los interrogantes esenciales, se arranca todas las máscaras y se muestra como desea ser. Como quisiera ser. Como sabe que jamás podrá serlo.

Surge el Teatro, lo imaginario, lo idealizado, la fantasía del como "quisiera ser", la negación de la realidad, del Orden que todo lo frustra e impide. Deja de habitar el teatro, como necesidad, como producto de relaciones imaginarias en la vida cotidiana, y ocupa un espacio fuera del hombre.

Las fantasías. los deseos, los héroes, los hombres mejores, la sociedad justa, la solidaridad, la pequeñez como disfrute y no como sufrimiento, encuentra un espacio exterior que lo justifica, que lo explica, que le demuestra que la realidad no "es" como es, que muestra que la realidad es como él quiere que sea.

Entonces, un Espejo. Un lugar donde mirarse, reconocerse, identificarse, no como uno es sino como uno quisiera ser.

Espacio ocupado por fantasmas que se transforman en reales, posibles en realizaciones de deseos, como en los sueños. El teatro como un sueño. Realización y descarga. Descarga onírica como si fuera real.

Mejor que el sueño. Es un sueño al que uno asiste, que puede ver muchas veces si es un sueño gratificante.

Lugar donde el hombre más pequeño e insignificante por lo que es, se transforma, por lo que se proyecta que puede ser, en un ser atractivo, importante. Un héroe. Aún cuando ocupe el lugar del anti-héroe. Por el solo hecho de ocupar el lugar de un personaje de teatro, ya será un héroe.

Su nombre dejará de ser un significante humano, para ser el portador de un discurso profundo acerca del hombre. El discurso del autor.

Ya esto valoriza todo lo dicho. Todas las palabras significan, aún las más cotidianas y vulgares, algo más que lo que dicen. Algo que debe ser escuchado con suma atención.

Aunque lo dogma un anti-héroe.

Ante los oídos y la mirada del espectador, será un hombre recordado, pensado.

El anónimo obrero de la mano de Piscator o Brecht, será un ser excepcional. Diferente. Particular. Un personaje que el teatro enaltece cuando le da el espacio imaginario para que se exprese. Nos cuenta "su" verdad, "sus" sufrimientos, "sus" ilusiones.

En realidad, una ilusión más. No es el obrero el que se expresa en el Reino de lo Imaginario, algo más simple se produce, Es el autor, es Brecht el que le presta "su" palabra, su "querer decir" a ese fantasma llamado "obrero" o Hamlet o Romeo. Todos hechos del mismo material: el de los sueños, el de lo onírico.

Cartón piedra, que se transforma en un Castillo o Fábrica o Plaza Pública. Nada, en última instancia.

El mismo ciclo de la vida. Comienzo del espectáculo. Desarrollo. Telón. Fin.

Algo que nace y después de un desarrollo, muere. Natural. El teatro fue arrancado por los hombres de la vida misma.

No tiene otro fin más que ser "provisional", del momento, precedero.

Entonces, ¿qué? ¿por qué? ¿para qué?

Preguntas que se van encadenando en un sin fin. Respuestas dogmáticas a lo largo de la historia del teatro.

Esta misma: no es más que un intento de dar cuenta de algo, de una parte de la realidad, del teatro y el hombre. De su necesidad.

Necesidad que hace a la naturaleza misma del ser humano.

Espejo que maquilla la realidad, que la devuelve mejor, sublimada.

Aí está el núcleo de la relación del hombre con el Teatro, que puede extenderse a todo el arte.

Un lugar donde poder escapar del vacío, de la locura.

Un lugar donde lo imaginario, el Orden de lo imaginario, invierte su significado.

Ya no es ese el Orden de la enfermedad, sino que el teatro lo acoge dando vuelta a la moneda y mostrando la otra cara, la de la salud.

Entonces no solamente se puede sufrir con la confusión, la identificación, sino por el contrario, podremos encontrar placer.

El placer de lo imaginario, de lo onírico, del sueño.

Del como si.

Esta, creo yo, es la condición de subversión, de inversión que hace al teatro peligroso para lo establecido. Para el Orden de la Realidad. Para cualquier Orden, en última instancia.

No lo es en su posibilidad de ser portador de ideas "revolucionarias".

De discursos contra la sociedad. De tribuna, mal entendida por muchos hombres de teatro, como política.

La sociedad, el Orden de las Clases Dominantes, lo absorbe y lo transforma en estos casos en una herramienta útil para sus intereses.

Siempre es necesario una válvula de escape, un cierto malestar aceptado y expresado.

El teatro cede su lugar de auténtico subversivo y se lo ofrece mansamente para que la propia clase criticada se purifique. Para que alguno de sus hijos, los más "lúcidos", le maltraten un poco, le "griten" cosas, que ella necesita escuchar para lavar sus pecados. Para exculparse.

Entonces, el teatro deja de ser una herramienta subversiva del Orden, para transformarse en pervertidora al servicio del mismo.

El teatro deja de ser el lugar donde el hombre bebe la ilusión del posible cambio.

Donde se alimenta con las fantasías que le hacen mejor. Que le permiten verse a él mismo, como algo menos perecedero, más trascendental.

Donde se alimenta de futuro, de utopías, de nuevos dioses.

Aún sabiendo que eso es teatro, que es una ilusión.

Pero compartida, vivida por un momento como posible, como si fuera real ese deseo.

Y en ese lugar del saber que uno no sabe. Que eso es posible, pero en lo imposible del Reino de lo Imaginario.

En ese estar identificado con lo mejor, con lo sublime, con lo inalcanzable que lo proponen los héroes, anti-héroes de cartón, alimentados por la respiración de los humanos, por sus contradicciones, aún por sus pequeños aventuras, pero simultáneamente saber que estamos presenciando un hecho teatral, encuentra el Teatro su mejor arma subversiva de lo establecido.

Ya que hace posible soportar el Horror de la existencia sin sentido.

Y esos falsos sentidos, coartadas, que enmascaran la realidad: las profesiones, el status social, la fama, el dinero, el poder, cobran en la vida su verdadero valor simbólico.

Ocupan en la vida misma para el hombre la misma categoría del hecho teatral.

Un juego. Un jugar con los personajes, los roles sociales, como máscaras teatrales. Nunca como ejes para juzgar la realidad misma.

Ya que ésta, se esconde, se enmascara debajo de esos juegos.

Pero entonces queda el placer. Ya no solamente ante la representación de Teatro.

Sino el placer que subvierte lo establecido.

Que, en su juego de espejos, en su juego del vivir, del como si en la vida, entra y sale del Orden de lo Establecido, para corroerlo poco a poco.

Lenta pero inexorablemente.

A esta destrucción, el Teatro tiene mucho que aportar.

A este discurso, el teatro tiene mucho que decir.

Lenta pero inexorablemente, lo dirá.

**Ángel Ruggiero.**